



EL ACTIVISMO JUVENIL COMO CAMPO DE PRÁCTICAS CIUDADANAS PERFORMATIVAS. UNA MIRADA DESDE EL PAÍS VASCO

ANE LARRINAGA
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

IKER IRAOLA
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

MILA AMURRIO
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

ONINTZA ODRIOZOLA
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

DOI: 10.14679/13542

1. INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre participación política juvenil de los últimos años coinciden en señalar una serie de tendencias comunes a la juventud occidental. Por un lado, se constatan cambios en las formas de participación política juvenil, que deviene más diversa, fragmentada y esporádica, a medida que las transiciones juveniles se prolongan y pierden linealidad. Por otro, los procesos de individualización y desinstitucionalización que invaden el “campo político” –en el sentido atribuido por Bourdieu al concepto (Bourdieu y Wacquant, 1992)– traen consigo una mayor desvinculación hacia los actores políticos institucionales y, en términos generales, un distanciamiento del sistema político por parte de las nuevas generaciones. El País Vasco no es una excepción en lo que respecta a estas tendencias generales.

El informe “Retratos de Juventud” realizado periódicamente en la Comunidad Autónoma Vasca (CAV) por el Gobierno Vasco, ofrece en el año 2020 datos significativos sobre las actitudes de la juventud de este territorio hacia la política: sólo un 29% de individuos entre 18 y 29 años está muy interesado o bastante interesado en la política, un 71% no se siente próximo a ningún partido político, y los partidos se encuentran entre las instituciones que menos confianza les ofrecen (Observatorio Vasco de la Juventud, 2020). Sin embargo, desconocemos los sentidos que la juventud vasca, en su diversidad, atribuye a la política. Igualmente, carecemos de información sobre las prácticas que desarrollan los colectivos de jóvenes políticamente comprometidos y, más en concreto, las





personas jóvenes que actúan fuera de las instituciones políticas convencionales, dentro el campo activista.

Una de las manifestaciones más relevantes del activismo juvenil en la CAV y Navarra se ha desarrollado –no exclusivamente, pero sí de manera relevante– en los ámbitos próximos a la izquierda nacionalista vasca. Por otro lado, el campo socio-político de la CAV y de Navarra ha experimentado en los últimos años algunos de los cambios generales acontecidos en el contexto español y europeo, pero también otras transformaciones específicas derivadas del fin de la actividad de la organización armada ETA y la progresiva normalización del sistema democrático. Ello ha supuesto una recomposición del campo político vasco general y de la propia sociedad en la nueva situación. En especial, ha implicado una reorganización de las fuerzas de izquierda del ámbito nacionalista vasco afines a ETA. Dichas organizaciones han generado desde el período franquista hasta la actualidad una cultura y unas prácticas participativas arraigadas en sectores significativos de la sociedad, caracterizadas por un tipo de activismo contrahegemónico, contencioso y deslegitimador del orden constituido.

Estas fuerzas de izquierda han reformulado actualmente sus discursos y prácticas políticas, y aparecen cada vez más institucionalizadas e integradas en el entramado del campo político vigente, a escala autonómica y estatal. Al mismo tiempo, la sociedad vasca sigue siendo una sociedad relativamente politizada como consecuencia de la percepción, arraigada en sectores significativos de la población, de la persistencia de un conflicto nacional irresuelto. En este sentido, contiene una densa vida comunitaria ligada a proyectos de “nation building” y “state building”, y una gran tradición de auto-organización heredada de la época franquista, que ha perdurado en las últimas décadas. Modernidad y tradición se fusionan en la realidad vasco-navarra, una sociedad social y económicamente desarrollada, pero que mantiene un importante legado de vida comunitaria y cooperación colectiva, retroalimentada por los proyectos políticos mencionados.

La institucionalización del campo político en la CAV y Navarra se ha combinado desde el período franquista hasta la década pasada con un amplio ciclo de movilización que, aunque ha estado inspirada en el leitmotiv de la construcción nacional, ha permitido la confluencia de múltiples reivindicaciones sectoriales, conformando un verdadero ciclo de protesta de contenidos amplios y complejos (Zubiaga, 2014). Los nacionalismos subestatales, como el vasco, se caracterizan por ir transformándose y adaptándose a contextos históricos cambiantes (Odriozola, Iraola y Zabalo, 2020) y por la elaboración de discursos y prácticas en los que se integran valores alternativos neo-identitarios, como el ecologismo, el feminismo, el antimilitarismo y otros (Letamendía, 1997). A este respecto, la especificidad del ciclo de movilización y reivindicación nacional vasca de las últimas décadas estriba en la integración de los valores universalistas de la izquierda con las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales. La estrategia nacionalista de izquierda ha buscado una articulación entre diferentes, en un contexto de lucha por la hegemonía, es decir, por la institución de un sentido o nueva legitimidad que reordene el campo político y social (Laclau y Mouffe, 1985). El resultado ha sido una sociedad civil excepcionalmente activa, con una gran diversidad de iniciativas populares y grupos sociales (Zubiaga, 2014), en cuyo seno han iniciado y desarrollado sus aprendizajes políticos muchos jóvenes activistas.





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

Entre la minoría de jóvenes comprometidos en el activismo destaca un núcleo socialmente significativo de activistas nacionalistas de izquierda que ha sido socializado en la tradición de la auto-organización, los valores contrahegemónicos y los repertorios de acción política contenciosa. Además de las organizaciones estudiantiles y políticas juveniles más convencionales, la agencia juvenil nacionalista tiene su reflejo más paradigmático en los *gaztetxes* –espacios juveniles autogestionados–, en las *gazte asanbladak* –asambleas juveniles locales de carácter abierto e informal–, en movimientos juveniles de todo tipo y en múltiples agrupaciones de jóvenes feministas que proliferan en toda la geografía vasca (Esteban Galarza, Hernández García y Imaz Martínez, 2017).. Estos jóvenes han sido caracterizados en el pasado como protagonistas de la *kale borroka* [lucha callejera] y de otras formas de política contenciosa, como desobediencia civil, ocupaciones y manifestaciones (Van der Broek, 2004; Ferret, 2014).

La caracterización contenciosa dominante durante largo tiempo ha desdibujado la dimensión creativa del activismo juvenil en la constitución de culturas y prácticas políticas antihegemónicas –fiestas reivindicativas, movimientos etnolingüísticos, movimientos musicales, nuevas formas de protesta, culturas de autoorganización, proliferación de organizaciones feministas, propuestas culturales y comunicativas alternativas, etc.–. También ha invisibilizado los cambios producidos en los repertorios participativos juveniles a lo largo de los últimos años (Letamendia, 2018) y los nuevos modelos de relación de las personas jóvenes con la política que implican. En este grupo de jóvenes activistas vamos a poner nuestro foco de atención en el presente artículo. El objetivo del texto que se desarrolla a continuación es doble. En primer lugar, pretendemos identificar y aprehender los sentidos de las prácticas políticas actuales de personas jóvenes socializadas en la cultura activista afín a la izquierda nacionalista vasca –con sus líneas de continuidad y ruptura respecto a la tradición heredada–, dentro de las condiciones sociales y políticas actuales en la escala local de la CAV y Navarra. En segundo lugar, buscamos redefinir y ampliar las definiciones tradicionales de ciudadanía, integrando el activismo de las nuevas generaciones en el contexto de las luchas por la ciudadanía que se desarrollan en el campo político en la modernidad tardía.

2. UN CAMPO POLÍTICO DE LÍMITES CAMBIANTES

La participación política de las personas jóvenes en la actualidad es una realidad multifacética (Gozzo y Sampugnaro, 2016; Rainsford, 2017), cuya comprensión trasciende los límites estrictos del propio análisis participativo. La participación nos remite, de manera ineluctable, a una consideración teórica y metodológica sobre la configuración del campo político en los sistemas democráticos liberales. A pesar de las sucesivas ampliaciones institucionales que han sufrido las democracias modernas para incorporar nuevos temas y bases sociales (Forbrig, 2005), la participación política de las personas jóvenes de Europa y de otras zonas del mundo se define cada vez más por el incremento de la diversidad de repertorios, que incluyen prácticas no contempladas en las formas institucionalizadas de participación, así como repertorios híbridos o mixtos (Hustinx, Meijis, Handy y Cnaan, 2012; Sloam, 2016; Monticelli y Bassoli, 2016).



Comprender las prácticas políticas que las personas jóvenes desarrollan en la actualidad exige, por ello, una reflexión sobre la naturaleza y límites del campo político en las actuales democracias liberales y sobre las formas de participación legitimadas en él. Observamos que, a menudo, las formas juveniles de participación se alejan de la pertenencia partidista y de las elecciones (Quintelier, 2007), y que algunas prácticas participativas no son reconocidas como políticas ni por la sociedad (Bhavnani, 2014; Quintelier, 2007) ni, en ocasiones, por las propias personas jóvenes involucradas (Svenningsson, 2016). En efecto, a pesar de su implicación e interés por lo colectivo, hay jóvenes comprometidos que tienen dificultades para atribuir sentido político a su actividad (Mackinnon, Pitre y Watling; 2007; Stolle, Quintelier, Harell y Nishikawa, 2008; Rainsford, 2017), debido a las categorías de sentido común a través de las cuales perciben el mundo social y a la existencia de una estructura asimétrica de acceso al significado.

Ciertamente, existe en el campo político actual una disputa sobre lo que debe entenderse como compromiso y participación política y sobre el alcance de las prácticas que pueden recibir de forma legítima tales denominaciones. El análisis sociológico y político no es ajeno a las controversias que suscita la adecuación del concepto a las nuevas realidades. La expansión progresiva de los modos de participación disponibles en las últimas décadas enfatiza la relevancia de la participación política para la democracia y la democratización (Hosch-Dayican, 2014). No obstante, las discusiones sobre el aumento de oportunidades para la participación política van acompañadas de crecientes ambivalencias conceptuales. Como señala Hooghe (2014), en tiempos en los que la toma de decisiones políticas se ha vuelto difusa y puede verse como resultado de una interacción compleja entre actores situados en diversos niveles geográficos y escalas, y en los que el activismo político migra a otros espacios, los estudios del comportamiento político deben también desplazar su foco de atención en la misma dirección.

En la evolución desde una concepción minimalista de la participación política, canalizada institucionalmente y dirigida directamente al gobierno, al estado o a las élites políticas, hasta las formas más individualizadas que se desarrollan actualmente en el ámbito social, se ha producido un gran salto conceptual. El modo de delimitar el campo político y de conceptualizar la participación política tiene efectos en la interpretación de los cambios acontecidos en los sistemas democráticos. En los últimos años, encuestas realizadas a distintas escalas han mostrado que son numerosos los individuos jóvenes que declaran estar desencantados o desinteresados con la política. De ahí se ha naturalizado tanto en el conocimiento social de sentido común como en el mundo académico un discurso dominante sobre la apatía y la desconexión política juvenil (Carmouché, 2012; Manning, 2014). Sin embargo, investigaciones recientes señalan que el desencanto y las bajas tasas de participación electoral recogidas en los estudios cuantitativos son producto de una concepción dominante excesivamente restrictiva del campo político que se asume comúnmente en la sociedad (Quintelier, 2007; Manning, 2014). En efecto, la noción de política que sigue siendo hegemónica en el campo político de las democracias liberales se remonta al primer pensamiento liberal formulado en la Ilustración escocesa (Manning, 2013). El modelo liberal de política se sustenta en la división público/privado, privilegia las formas institucionalizadas de participación política y mantiene las actividades de





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

los partidos políticos y la política electoral en su núcleo (O'Toole, Lister, Marsh, Jones y McDonagh, 2010; Manning, 2013; 2014).

En una línea revisionista del modelo hegemónico, algunas investigaciones cualitativas ayudan a esclarecer lo que piensan la diversidad de jóvenes sobre política y cómo entienden el compromiso cívico, poniendo en cuestión el mito de la “apatía política” juvenil (O'Toole, Lister, Marsh, Jones y McDonagh, 2010; Carmouché, 2012). Este cambio está relacionado con la propia evolución de unas ciencias sociales que han incorporado nuevos enfoques teóricos y metodológicos para analizar la realidad actual de las personas jóvenes. Las nuevas estrategias metodológicas han permitido que los discursos y narraciones juveniles adquieran mayor relevancia en la investigación (Benedicto y Morán, 2015). En lugar de normalizar la cuestión de la apatía juvenil, las narrativas de las personas activistas proporcionan una perspectiva más compleja para comprender cómo se puede construir la desconexión política juvenil a lo largo de las líneas de raza, clase y género, y el papel que desempeñan los ejes principales de poder y privilegio en la configuración de la desvinculación política juvenil (Gordon y Taft, 2011).

Estos estudios sugieren, además, que las personas jóvenes no son totalmente apáticas ni están siempre cerradas al compromiso, sino que podrían rechazar las prácticas de la política tradicional que las ignoran a ellas y a sus necesidades, y en cuyas instituciones carecen de voz e influencia (Harris, Wyn y Younes, 2010; Cammaerts, Bruter, Banaji, Harrison y Anstead, 2014; Chrysochoou y Barrett, 2017). En este marco, la supuesta apatía tendría que interpretarse como una señal de que quizá la participación acontece en otros lugares fuera de las instituciones políticas, lugares donde las personas experimentan un mayor sentido de autonomía y de control (Harris, 2001), “espacios de experiencia” que les permiten vivir de acuerdo a sus principios (Pleyers, 2019) y en los que pueden ejercer su soberanía creando prácticas y mundos sociales alternativos (Riley, Griffin y Morey, 2013).

En este sentido, hay evidencias que muestran que el compromiso y la participación social y política están sucediendo, pero no en las formas y en los sitios que los análisis solían investigar hasta épocas recientes (Rainsford, 2017). La realidad es que muchas personas jóvenes alejadas de la política convencional están politizadas, pero de otras maneras (Varela, Martínez y Cumsille, 2015; Quéniart, 2016) que, con frecuencia, no se reflejan en las encuestas de las investigaciones cuantitativas (Quintelier, 2007). Como ya sentenció Norris (2004) hace varias décadas, en el activismo político juvenil se ha ido abandonando la política de las lealtades a favor de la política de elección, al tiempo que han aparecido ciudadanías orientadas a causas determinadas. Este desplazamiento se produce en un contexto de declive de los partidos políticos y de crisis de la función de mediación que éstos realizaban entre la sociedad civil y las instituciones políticas (Mair, 2013).

Frente al modelo liberal de política, desde el campo del activismo muchas personas jóvenes redefinen las fronteras de la acción política, difuminando los puntos de referencia entre los espacios privados y de vida cotidiana, y los espacios políticos colectivos, ampliando el registro de la participación política y desinstitucionalizando los escenarios en los que experimentan su compromiso. De este modo, asistiríamos a intentos de expansión del campo político. En el subcampo activista, la ampliación de estas prácticas y repertorios políticos no institucionales provoca que aflore “lo político” frente a “la política”, el poder instituyente frente al poder instituido, y que salga a la luz la dimensión de





la sociedad como espacio de poder, conflicto y antagonismo (Mouffe, 2005). Lo político se mueve en los límites difusos entre la sociedad y el campo político convencional, de tal forma que las orientaciones y expresiones políticas se manifiestan también a través de la vida cotidiana y relacional de las personas (Bang, 2010). Por otro lado, el “otro mundo posible” empieza por cambios locales y personales (Pleyers, 2019). Ello significa que los problemas de carácter político que conciernen a las personas se están diversificando y no responden ya únicamente a las divisiones políticas tradicionales (Soler i Martí, 2012).

3. LA POSIBILIDAD DE PRÁCTICAS CIUDADANAS EMERGENTES EN EL HORIZONTE DE LAS NUEVAS GENERACIONES

¿Constituyen las personas jóvenes activistas situadas en los márgenes del campo político liberal un colectivo caracterizado por su ciudadanía fallida? ¿Debe limitarse el concepto de ciudadanía a las relaciones formalmente establecidas con el estado? Abordar estas cuestiones implica, en primer lugar, reconocer que los “vocabularios de ciudadanía” y sus significados varían según el contexto político y cultural, y reflejan diferentes legados históricos (Saraceno, 1997; Bussemaker y Voet, 1998; Carens, 2000; Siim, 2000). Además, estos significados se traducen en una “ciudadanía vivida” por las personas (Hall y Williamson, 1999), es decir, experimentada en sus relaciones con el mundo político.

Tradicionalmente se ha considerado a las personas que integran lo que se llama “la infancia” y “la juventud” como colectivos que están “en espera de ciudadanía”. Así, se les atribuye a adolescentes y jóvenes el carácter de aprendices o aspirantes a una ciudadanía futura. Sin embargo, en nuestra perspectiva coincidimos con Theis (2010) en la necesidad de poner el foco del análisis no tanto en lo que son los derechos formalmente reconocidos a las personas, sino en sus prácticas sociales y políticas. Esto nos permite reconocer a las personas jóvenes como ciudadanas activas, que aprenden a través de las experiencias cotidianas de la vida familiar y comunitaria (Theis, 2010). Los modos alternativos de participación política de las personas jóvenes están relacionados con la posibilidad de formas emergentes de construcción de ciudadanía. Precisamente, una de las críticas a los marcos dominantes en los estudios clásicos sobre juventud, participación política y ciudadanía es que han adoptado un enfoque de arriba hacia abajo, construyendo la participación política en términos de formas convencionales e institucionalmente establecidas de compromiso, como votar o unirse a un partido político. Al definir la participación política de manera tan limitada, la lógica del marco dominante concluye que si la gente joven no vota, se trata de una ciudadanía malograda.

No obstante, lo que se ha definido como desafección política, quizá debiera reformularse como desafección institucional (Soler i Martí, 2012) y nuevas formas de relacionarse con la política (Parés, 2014). Los marcos tradicionales de ciudadanía no logran reflejar las diversas formas en que las personas jóvenes, y menos aún las personas jóvenes activistas, entienden y actúan sobre las redes sociales y las cuestiones políticas. Las personas de las nuevas generaciones están en una relación desigual con las estructuras políticas tradicionales. Comprometerse con el sistema vigente es, para muchos miembros de estos grupos de edad, tanto como respaldar un modelo político con el que están en desacuerdo y aceptar una posición subordinada en él (Harris, 2001). Así, el movimiento de muchos sectores





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

de jóvenes a dirigir sus energías políticas a la construcción de espacios de participación y de construcción de modelos ciudadanía no vinculados al estado en los márgenes del campo político liberal adquiere sentido, y se ve fortalecido por una percepción de la falta de eficacia del sistema democrático en las cuestiones que les afectan directamente (Riley, Griffin y Morey, 2013).

Esta percepción debe entenderse en el marco de una desconfianza generalizada hacia las instituciones y prácticas de gobernanza actuales, provocada por la pérdida progresiva de control sobre los estados y los mercados por parte de la ciudadanía. Como señalaba Bauman (2001), las instituciones políticas son cada vez más impotentes para traducir los sufrimientos privados en problemas públicos. El sentimiento de desencanto es especialmente intenso en las generaciones más jóvenes que no sienten el peso de la tradición política. La consecuencia de la ruptura entre ciudadanía y gobiernos ha derivado en un “vaciamiento” de la democracia representativa en Europa (Mair, 2013) y, en definitiva, en la actual crisis de legitimidad de la democracia liberal (Castells, 2018).

Los procesos de globalización neoliberal y el reposicionamiento de los estados en los nuevos y complejos campos del poder global han traído consigo prácticas de construcción de ciudadanía que se alejan de la ciudadanía formal definida en relación al estado (Sassen, 2003). La ciudadanía, que en el paradigma liberal ha sido descrita como una trama de elementos que interrelacionan la instancia individual y el ordenamiento político estatal, ha sido trastocada de forma radical. De tal manera que, más allá de los derechos formales –y como consecuencia del declive de éstos–, han ido tomando relevancia multiplicidad de dinámicas y de actores de ciudadanía no formalizados, que desarrollan prácticas y construcciones alternativas. Las mujeres, que continúan, *de facto*, teniendo un acceso restringido a la ciudadanía formal, los migrantes excluidos de ella, las personas jóvenes, que viven situaciones masivas de precariedad, los grupos étnicos o nacionales que se definen en situaciones de subordinación política, son algunos de los colectivos que protagonizan dichas prácticas.

Consecuencia de tales procesos es que dentro del campo político actual se producen tensiones entre la noción de ciudadanía como condición legal formal y la ciudadanía como proyecto o aspiración (Sassen, 2003), entre la ciudadanía como estatus y la ciudadanía como práctica (Isin, 2009; Morán y Benedicto, 2016). Las disputas que se desarrollan en el campo político por imponer una definición legítima de ciudadanía han obligado al análisis social a construir nuevos instrumentos conceptuales más elaborados destinados a la comprensión de realidades cada vez más complejas y diversas (Isin, 2009), entre ellas las de un activismo juvenil cada vez más alejado de las formas tradicionales de relación con lo político. Tales instrumentos intentan responder a principios de inclusividad y diversidad mayores.

La profusión de repertorios conceptuales cada vez más diversos para denominar las múltiples dimensiones de las prácticas ciudadanas nos muestran el carácter fluido y dinámico de la institución de ciudadanía, que debe ser teorizada vinculándola necesariamente a las luchas sociales y políticas que la constituyen (Isin, 2009). En este sentido, los “sitios” de ciudadanía son campos de contestación –que pueden operar simultáneamente en diversas escalas (Yuval Davis, 2008)– en los que confluyen temas, intereses y apuestas, y en los que nuevos actores aspiran a constituirse en sujetos políticos. No debe olvidarse





que, aunque la ciudadanía ha pasado por cambios significativos, sigue siendo una institución de dominación y empoderamiento. Al mismo tiempo, los “actos” de ciudadanía son instituyentes, puesto que son los propios actos quienes producen a los sujetos, y los producen, además, cuestionando la ley o interrumpiendo las prácticas y las normas que rigen el campo político. Estos actos de ciudadanía transforman las formas y los modos de ser políticos al crear nuevos actores como “ciudadanos y ciudadanas activistas”. Tal y como señala Isin (2009), a diferencia del “ciudadano activo”, que actúa según los guiones prescritos en el campo político hegemónico (votar, pagar impuestos, etc.), la figura del “ciudadano o ciudadana activista” llama a cuestionar el carácter de un campo político dado, abriendo sus límites, y participando en la escritura del guión y la creación de la escena, es decir, redefiniendo la lógica legítima vigente hasta ese momento en el campo político.

Siguiendo esta línea de argumentación, ser activista e intentar construir nuevas legitimidades en el campo político tiene que ver con la performatividad (Isin, 2017) y la práctica “vívida” de la ciudadanía. Ello puede suponer ir más allá de las definiciones y conceptos legales establecidos en el campo político, concebidos como una regla permanente. Por el contrario, cabe entender la ciudadanía en tanto que proceso continuo, como una práctica social y una actuación cultural, y no como una categoría estática (Isin, 2017). Como sugiere Isin, esta visión de la ciudadanía implica luchas simbólicas complejas y, a menudo, contradictorias sobre la definición de la pertenencia social, sobre las categorías y prácticas de inclusión y exclusión, y sobre diferentes formas de participar en la vida pública. La práctica de la ciudadanía se sitúa dentro de las prácticas cotidianas de pertenencias que se negocian constantemente, y que conllevan reivindicación, protesta y confrontación, y no sólo ejercicio de derechos. Así, en la ciudadanía performativa se superponen procesos diversos. En primer lugar, existen luchas políticas y sociales sobre quién puede o no actuar como sujeto; en segundo lugar, estas luchas implican no solo a los ciudadanos sino también a los “no ciudadanos”, en tanto que actores relacionales; y, por último, cuando las personas actúan como ciudadanía, pueden transformar creativamente los significados y funciones de aquella (Isin, 2017).

4. NEOLIBERALISMO, INDIVIDUALIZACIÓN Y ACTIVISMO JUVENIL

En la actualidad, las permanentes tensiones generadas por las dinámicas de inclusión y exclusión ciudadana se producen en un campo político que está atravesado, de un lado, por los procesos culturales de individualización de la modernidad tardía y, de otro, por las políticas económicas neoliberales cuya lógica se ha impuesto cada vez con más fuerza en ellos. Ambas fuerzas confluyen y se retroalimentan en el campo político. Precisamente, la participación juvenil es uno de los ámbitos donde más claramente se advierten los procesos de individualización y desinstitucionalización (Touraine, 1997) que afectan al campo político y que lo están redimensionando permanentemente en las últimas décadas (Bauman, 2001; Beck, 1996; Beck y Beck-Gernsheim, 2002; Furlong y Cartmel, 2007). Tales procesos de individualización provocan en lo político cambios hacia lo que Beck y Beck-Gernsheim denominan “self-politics” (2002) y lo que Giddens llama “life-politics” (1991). Estos son modelos de acción política que intentan responder





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

a las opciones cada vez más restringidas para la agencia democrática frente al capitalismo neoliberal, y que alientan formas de politización del ocio, del consumo y de la vida cotidiana como medios para afirmar la agencia política de las personas y su autorrealización (Riley, Griffin y Morey, 2013; Kyroglou y Henn, 2017).

Así, la reestructuración del campo político aparece acompañada por la emergencia en las generaciones más jóvenes de formas de ciudadanía vinculadas, no solo al acto electoral, sino también a compromisos individualizados y relacionados con formas de vida que hasta ahora se consideraban “no políticas”: estilos de vida, rutinas de alimentación y reciclaje, actividades en internet, hábitos de consumo y opciones culturales (Amnå, Ekström, Kerr y Stattin, 2009). Estas prácticas reflejan una emigración progresiva a nuevos nichos de actividad e identidad. También la cultura activista está cambiando; se basa en modalidades cada vez más individualizadas, alejadas de los actores convencionales de la sociedad civil institucionalizada, que combinan una gran sensibilidad sobre los retos globales con una fuerte dimensión subjetiva del compromiso (Pleyers, 2016).

Por otro lado, el repliegue desde la política convencional a repertorios individualizados en la vida cotidiana (Manning, 2014) es coherente con el tipo de ciudadanía que impulsan las políticas neoliberales. En este sentido, la retórica neoliberal tiene implicaciones significativas tanto para la conformación de la subjetividad de las personas como para sus formas de participación socio-política. A través de discursos sobre la libertad de elección y la responsabilidad, la argumentación neoliberal entiende a los ciudadanos y ciudadanas dentro de los valores de autocontrol, gestión y emprendimiento, lo que da lugar a un ideal de ciudadano o ciudadana autónoma, racional, gestora de riesgos y responsable de su propio destino (Ong, 2006). El concepto de ciudadanía cambia, de este modo, de un conjunto de derechos que el estado proporcionaba a sus ciudadanos a un conjunto de responsabilidades que deben asumir éstos, entre otras, la responsabilidad de su propio bienestar a través de su participación en el mercado (Riley, Griffin y Morey, 2013). La lógica de la subjetividad neoliberal crea así unas condiciones favorables para que toda una gama de actividades informales vinculadas al ocio juvenil (Pfaff, 2009; Riley, Griffin y Morey, 2013), al consumo (Kyroglou y Henn, 2017) y a la vida cotidiana puedan convertirse en espacios de actividad política.

Sin duda, la individualización de la vida juvenil y la supuesta libertad de elección tienen un reverso. Muchas personas jóvenes, obligadas a diseñar y construir sus biografías fuera del refugio institucional (Beck, 1996) valiéndose de sus propios recursos y habilidades, se encuentran muy a menudo desposeídas de esos medios. En este sentido, las actuales transiciones juveniles se desarrollan para una mayoría de jóvenes en una situación de precariedad laboral y económica (Santamaría, 2018), de incertidumbre vital, y de falta de linealidad biográfica (Furlong, Cartmel y Biggart, 2006; Furlong y Cartmel, 2007). De hecho, la tendencia a considerar la complejidad de las transiciones juveniles como síntoma de “biografías de elección”, ha ayudado a enmascarar estructuras de desventaja y vulnerabilidad provocadas por los mercados de trabajo flexibles (Furlong, Cartmel y Biggart, 2006). En este contexto, las condiciones de inseguridad, riesgo e individualización conducen a menudo a muchas personas jóvenes a un alejamiento de la actividad política convencional. También dan lugar a prácticas participativas transitorias





y autoexpresivas, que diseñan nuevas biografías de ciudadanía caracterizadas por dinámicas débiles y compromisos fluidos y de corta duración (Harris, Wyn y Younes, 2010).

Como señalan Pirni y Raffini (2016), el riesgo que corremos al poner demasiado énfasis en el individuo y al sancionar la desaparición total de la dimensión colectiva es fomentar una falacia epistemológica, suponiendo que el proceso de individualización implica la desaparición de la influencia de las estructuras. Sin embargo, las formas tradicionales de estratificación social todavía tienen la clave para comprender las posibilidades de vida, a pesar de que la conciencia subjetiva de la influencia de tales estructuras ha disminuido a medida que las experiencias vitales se hacen más individualizadas (Furlong y Cartmel, 2007; Gozzo y Sampugnaro, 2016). Frecuentemente el activismo juvenil ha sido vinculado a las ideas de creación, juicio reflexivo y sentido de agencia. Bang, por ejemplo, habla de ciudadanos creadores de vida cotidiana, “everyday makers” (2010). No obstante, el carácter creativo que se les atribuye a las y los jóvenes activistas tiene que ser entendido en el marco de las constricciones que imponen los factores estructurales a un grupo social diverso como la juventud.

En efecto, las personas jóvenes no constituyen un colectivo internamente homogéneo; están caracterizadas, por un lado, por elementos de diferenciación social –que implican recursos de poder, como la edad, la clase social, el género, la identidad étnica o nacional, la racialización y la condición migrante– y, por otro lado, por las tradiciones políticas y las condiciones institucionales del contexto particular. Sería más preciso hablar de *juventudes* que de juventud, para analizar las complejas formas de ser “joven politizado o politizada” y comprender las diversas opresiones que actúan en estos sujetos (Ballesté y Feixa, 2019). En consecuencia, las diferencias familiares, el acceso a recursos económicos, relacionales y cognitivos, así como las oportunidades institucionalizadas o informales del campo político y sus determinaciones han de ser tomados en consideración en las prácticas participativas de la gente joven y en su nivel de politización. El género, la clase social y el capital cultural continúan siendo los mejores predictores de la participación política, tanto institucional como informal (Quintelier, 2007; Hustinx, Meijs, Handy y Cnaan, 2012; Mascheroni, 2015).

Tanto las disposiciones y habilidades socialmente incorporadas por los jóvenes en forma de *habitus*, (Bourdieu y Wacquant, 1992; Bourdieu, 1994) como sus oportunidades de participación y experimentación, constituyen recursos que intervienen a modo de formas de capital dentro del campo político. De esta manera, condicionan la participación o la inacción. Pero, debemos señalar que no sólo la apatía juvenil se crea activamente a través de múltiples procesos y puntos de exclusión social (Gordon y Taft, 2011), sino también la propia participación activista. Herramientas analíticas como la interseccionalidad han permitido analizar de forma articulada los diversos sistemas de dominación y subordinación y acceder a su identificación en los campos del activismo político. En esta línea, en el subcampo activista juvenil encontramos innumerables categorías de segregación y dominación: jóvenes que ocupan posiciones de “profanos” frente a activistas adultos (Ballesté y Feixa, 2019), “participantes expertos” que se valen de sus habilidades y experiencia para construir redes y cooperar con políticos, élites y grupos de interés, frente a participantes no expertos (Bang, 2010), formas de dominación masculina (Larrinaga y Amurrio, 2017), personas migrantes que son silenciadas por activistas “autóctonos”, etc.





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

Todas las tramas que componen estas categorías muestran, de un lado, la complejidad de las relaciones de poder en el subcampo activista y, de otro, la dificultad que tiene la acción activista para reflejar la diversidad de los agentes que la constituyen y las trabas que impiden la participación, visibilidad y expresión de todos ellos (Dunezat, 2017).

En lo que respecta al acceso diferencial a los recursos de participación y la adquisición asimétrica de disposiciones necesarias para el activismo, los estudios desarrollados por diversos analistas desde algunas de las formulaciones conceptuales de Bourdieu revelan igualmente la necesidad de desentrañar la estructura de oportunidades y barreras que subyacen a la participación juvenil, haciéndola posible sólo para algunas categorías de personas o colectivos sociales (Mascheroni, 2015). Así, estos análisis subrayan las condiciones asimétricas de adquisición de “capital participativo” (Wood, 2014) o de “capital militante” (Matonti y Poupeau, 2004). También muestran los obstáculos que restringen la posibilidad de constituir un “*habitus radical*”, entendido como un conjunto de disposiciones necesarias para el activismo que implican una forma particular de percibir y comprender el mundo, un conocimiento y una inclinación a luchar. Todas estas disposiciones diferenciales se adquieren a través de la participación en la crítica y en la protesta activa (Crossley, 2003) y de una socialización en entornos activistas.

5. APUNTES METODOLÓGICOS

En la investigación empírica realizada sobre la participación política juvenil en la CAV y en Navarra hemos partido de dos consideraciones metodológicas que nos han orientado a favor de la metodología cualitativa. La primera es que, en comparación a los estudios cuantitativos, la metodología cualitativa ofrece mayores posibilidades para identificar las formas en que se relacionan las personas jóvenes activistas con la política y para aprehender los sentidos que ésta adquiere a través del relato de sus prácticas (O’Toole, Lister, Marsh, Jones y McDonagh, 2010; Carmouché, 2012), puesto que la ciudadanía no forma parte del lenguaje cotidiano de las personas jóvenes (Lister, Smith, Middleton y Cox 2003). Tomando en cuenta que se van a estudiar formas de “ciudadanía disidente” (Sparks, 1997), la segunda consideración está relacionada con la existencia de un contexto de tensiones entre narrativas políticamente dominantes y culturas contrahegemónicas, en la que la metodología cualitativa es más adecuada para captar discursos heréticos.

En consecuencia, nuestro estudio toma como base la metodología cualitativa, a través de entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes de distintas provincias de las comunidades autónomas mencionadas, en los años 2018 y 2019. Inicialmente, partimos de una muestra compuesta por 22 personas jóvenes que se habían definido a sí mismas como activistas o como personas políticamente comprometidas, de entre 18 y 35 años de edad. Sin embargo, en las narrativas de las personas jóvenes comprometidas en la participación cívico-política hemos detectado que las prácticas participativas tienen orientaciones diversas en cuanto a su capacidad de experimentación. En este sentido, hemos observado que la experimentación política no es propia de las personas jóvenes afiliadas a partidos políticos o sindicatos, que constituyen organizaciones centralizadas y burocratizadas, relativamente impermeables a los cambios y con unos patrones de actuación preestablecidos para sus militantes. Por ello, la muestra final seleccionada para el análisis que se





Ane Larrinaga, Iker Iraola, Mila Amurrio y Onintza Odriozola

realiza a continuación se ha reducido a un colectivo de 17 jóvenes (8 socializadas como mujeres y 9 como varones) de entre 18 y 35 años, con implicación política declarada fuera del ámbito de los partidos políticos.

Con el objeto de obtener la mayor diversidad posible de discursos se han tenido en cuenta, además del origen geográfico, el tamaño de la población de procedencia, el origen social declarado indirectamente en las conversaciones (9 proceden de familias trabajadoras y 8 de clases medias), el tipo de escuela a la que han asistido (pública, privada, religiosa, ikastola...) y el desempeño laboral (10 jóvenes trabajan o han trabajado, con diversos niveles de intermitencia y precariedad). 13 de las entrevistas se han realizado en euskera y 4 en castellano. Todas las personas entrevistadas poseen estudios superiores o los cursan actualmente.

Son personas comprometidas con causas diferentes, organizaciones cívicas y movimientos de diversa índole, relacionados con la socioecología, el movimiento feminista, la revitalización del euskera, espacios autogestionados y ocupados, asambleas juveniles, organizaciones estudiantiles, acogida a refugiados, grupos de economía social, organizaciones populares por el derecho a decidir el estatus político del País Vasco, movimientos antirracistas, grupos contra la exclusión social, movimiento LGTBI, organizaciones de fiestas populares y activismo digital. No obstante, es conveniente señalar que el multiactivismo define a muchas de las personas entrevistadas, por lo que algunas se encuentran implicadas en más de una causa y participan –o han participado a lo largo de su itinerario político– en más de una organización o movimiento. Este colectivo se caracteriza, además, por su temprana socialización política, especialmente en esferas comunitarias y nacionalistas de izquierda; también por su intensa experiencia activista, no sólo en organizaciones sino también en dominios participativos más informales y variados, en los que la menor regulación institucional permite ampliar los espacios de creatividad y experimentación. Como consecuencia de esta prolongada experiencia, los ámbitos en los que desarrollan actualmente sus prácticas activistas no coinciden necesariamente con aquellos en los que iniciaron su aprendizaje político.

Las entrevistas forman parte de una investigación más amplia en la que se han realizado 31 entrevistas en profundidad y 4 grupos de discusión entre jóvenes de la CAV y Navarra con distintas formas y niveles de compromiso cívico-político, recogiendo en total las voces de 63 personas (Larrinaga, Zabalo, Epelde, Iraola, Odriozola y Amurrio, 2020; Larrinaga, Iraola, Odriozola, Amurrio, Zabalo y Epelde, 2021).

6. CIUDADANÍAS PERFORMATIVAS: EL ACTIVISMO JUVENIL NACIONALISTA COMO CAMPO DE EXPERIMENTACIÓN POLÍTICA EN EL CONTEXTO VASCO

En la CAV y Navarra, las formas de participación que priorizan las personas jóvenes que desarrollan un activismo contrahegemónico implican, de forma significativa, una profundización de la politización en la esfera de la vida cotidiana y comunitaria. Estas personas centran sus inquietudes e intereses en las actividades diarias, ya que consideran que el sistema político vigente no ofrece suficientes oportunidades para la satisfacción de sus necesidades. El ámbito estatal no es considerado como espacio político referencial





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

para el activismo juvenil nacionalista. La politización de los ámbitos privados y comunitarios de actuación es un elemento de la cultura política heredada del activismo vasco ligado tanto a la clandestinidad franquista como a las políticas de construcción nacional posteriores. Dicha cultura, enmarcada en el modelo de política contenciosa característica de sectores políticos contrahegemónicos, ha sido compartida durante largo tiempo tanto por partidos de la izquierda nacionalista y otros movimientos sociales y comunitarios – entre ellos, movimientos juveniles– como por la organización armada ETA. Sin embargo, tras la desaparición de la organización armada y el cambio de ciclo político a lo largo de la última década, la cultura legada y las prácticas políticas asociadas a ella han comenzado a adquirir manifestaciones más individualizadas, especialmente en los sectores juveniles, mostrando determinados elementos de fractura respecto de la tradición política anterior.

Así, a pesar de que algunos jóvenes activistas conservan formalmente una afiliación orgánica en los partidos y organizaciones políticas que han sido referenciales en el activismo nacionalista y en cuyo seno iniciaron sus aprendizajes políticos, las iniciativas de las nuevas generaciones muestran, *de facto*, un debilitamiento del liderazgo de aquellos. La atenuación de la conflictividad política es percibida por las personas jóvenes activistas como un cambio de ciclo que les involucra directamente. Sus prácticas activistas se han ido desplazando a espacios menos regulados, y junto a las tradicionales prácticas políticas contenciosas –manifestaciones, concentraciones, ocupaciones, etc.–, también conceden relevancia a otro tipo acciones materializadas en los ámbitos de la vida privada y comunitaria.

De este modo, en línea con las tendencias que se advierten en otros contextos sociales, atribuyen sentido político a actividades y elecciones ordinarias, aparentemente de menor entidad, y reorientan su acción hacia ellas: en qué lengua se comunican, cómo se configuran las relaciones entre las personas y las relaciones de dominación y subordinación que las atraviesan, el tipo de empleo por el que optan, sus formas de consumo, el modelo de relación con la naturaleza, la libertad para desarrollar su sexualidad, las oportunidades de construcción de identidades individuales y colectivas... Las acciones desarrolladas en todos estos espacios se convierten en acciones ético-políticas en la vida de las personas jóvenes activistas. Esta atribución de sentido político ha ido ampliando los repertorios participativos de las personas jóvenes activistas más allá de los partidos y las instituciones tradicionalmente referenciales, de forma que, para ellos, el campo político se ha ido extendiendo fuera de los límites convencionales –participación partidista, electoral, etc.–.

Dí un giro a mi militancia (...) En mi opinión, ha influido ese cambio de ciclo político. No es sólo que ETA haya dejado las armas. Creo que coincide con los procesos de transformación del siglo XXI (...) El hecho de que el conflicto político ahora no sea tan intenso, aunque persiste, creo que ha ayudado (Mujer, 27, Grupo feminista).

Yo opino que política se puede hacer desde cualquier lugar: en tu grupo de amigos, en tu trabajo, en el lugar de estudio... Y no tienes por qué pertenecer a una estructura u organización (...) la política existe fuera de los partidos (...) Y eso tiene cada vez más fuerza, por lo que veo a mi alrededor (Mujer, 26, Organización juvenil de izquierda nacionalista).





En general, las personas activistas del ámbito nacionalista vasco poseen un sentido acentuado de agencia política, y una gran capacidad de reflexividad. Su temprana socialización política les ha permitido interiorizar un habitus activista, entendido como un conjunto de disposiciones y habilidades que les faculta para entender el mundo que les rodea con lentes críticas y les capacita para actuar sobre él con la intención de transformarlo. Desde esta perspectiva, su ciudadanía activa ha sido desde su infancia y primera juventud una “ciudadanía experimentada”, de tal manera que esta categoría –aunque no es verbalmente enunciada en sus discursos– se sobreentiende como la materialización de sus prácticas performativas. En consecuencia, al contrario de lo que plantean las concepciones clásicas sobre la ciudadanía en relación al estatus juvenil, las personas jóvenes activistas no están a la espera de convertirse en ciudadanas, ni se perciben a sí mismas como “ciudadanas aprendices”, sino que desarrollan prácticas cívico-políticas socialmente constructivas orientadas a su comunidad política de referencia.

Aprendes que los jóvenes no somos el futuro, que también somos el presente. Y que nuestra opinión también debe ser escuchada ahora (Mujer, 25, Plataforma por el derecho a decidir en el País Vasco).

No obstante, las capacidades ligadas a la agencia y la reflexividad tienen un componente de privilegio. Los jóvenes activistas no se muestran conscientes de los ejes de privilegio que les han permitido constituirse como agentes, a diferencia de otros jóvenes alienados de la política: su temprana socialización familiar y comunitaria en ámbitos muy politizados, las redes organizativas e informales preexistentes que han multiplicado sus oportunidades de participación, el capital político acumulado en forma de disposiciones y habilidades participativas, y, en muchos casos, los recursos cognitivos diferenciales vinculados al origen social o a su nivel de formación. Muchos de ellos, tampoco advierten los efectos de la normatividad de género en el acceso al campo activista. Constituyen una excepción las jóvenes activistas que se han ido conformando a modo de sujetos feministas, y que articulan diversas generaciones y genealogías feministas. Desde su posición activista subordinada en el eje privilegio/opresión confirman con sus experiencias la vivencia de la subordinación y de las exclusiones, basadas tanto en el género como en la edad, sobre todo en los inicios de su aprendizaje político.

Recuerdo esos tiempos como interesantes y fructíferos. Pero también pasé momentos de vergüenza (...) yo empecé a desarrollar una personalidad y una apariencia de... “soy ordenada, sé hacer las cosas y asumir como propios unos lenguajes para adaptarme a esos lugares”. Quizá tuve también autoexigencia. Yo he tenido mucha autoexigencia en el activismo (...) Eran tiempos en los que trabajábamos (...) y todos eran chicos (...) mayores que yo (Mujer, 27, Grupo feminista).

Partiendo de ese estatus de agencia, los y las jóvenes activistas han ido dejando de lado la intermediación de las organizaciones políticas matrices en las que realizaron sus primeros aprendizajes políticos. En ciertos casos, asumen una ruptura política generacional en cuanto a los intereses y agendas políticas. La precariedad del mercado laboral y sus consecuencias desestabilizadoras en los proyectos vitales, los temas medioambientales, la normatividad de género, las identidades individuales y colectivas, la búsqueda de espacios de autorrealización, autonomía y emancipación, constituyen algunas de sus





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

inquietudes centrales. Por otro lado, comparten una insatisfacción con el modelo socio-económico vigente y desconfían de los cambios que se puedan producir a través de patrones políticos *top-down*. Algunas orientaciones anticapitalistas y de autoorganización vital revelan en las narrativas recogidas este malestar generacional.

Por todo ello, consideran que cualquier cambio social comienza por la transformación personal de una misma y por sus acciones, sean en relación a la lengua, la sexualidad, los hábitos de consumo y alimentación o las alternativas de vida y trabajo. En su opinión, la política no es un ámbito externo separado de la vida diaria y comunitaria en el que las personas tengan que integrarse para alcanzar sus intereses. Por el contrario, en esta concepción, lo público y lo privado, el yo y la vida cotidiana aparecen estrechamente interconectados en la acción política. Estas personas jóvenes activistas aspiran a convertirse en sujeto político, no en la forma que predicen la ciudadanía formal y las instituciones políticas, sino construyendo sus vidas a su manera. Al incrementarse las prácticas políticas basadas en el individuo y la cotidianeidad, esta lógica de actuación trae consigo una individualización de los repertorios políticos y, de manera paralela, un debilitamiento de los modelos institucionales, de los que son, en gran parte, herederos en cuanto a la adquisición de disposiciones participativas.

Yo pienso que, en general, hay una ruptura o una diferencia entre las viejas y las nuevas generaciones (...) Creo que el sector "viejo" vive su lucha (...) Los jóvenes estamos trabajando otras vías (...) Veo que estamos sumergidos en la lucha por un nuevo modelo de vida. Yo he militado porque mis padres eran de la izquierda abertzale. Es decir, yo no estoy negando esa perspectiva. Creo que han hecho una aportación enorme y que por eso estamos aquí. De lo contrario no habría inquietudes militantes en el País Vasco (...) Pero, en algunos sentidos, siento un poco de distancia (...) Por eso estoy okupando (...) algunos estamos preparados para salir de ese modelo que nos impone el capitalismo (...) Un joven no vive mal porque el País Vasco no tenga la independencia (...) un joven vive mal porque no tiene dinero para sus estudios (...) Errekaleor no es más que un ejemplo [comunidad de viviendas ocupadas] Yo le doy más importancia a eso que al etnicismo. (Varón, 20, Organización estudiantil).

Dónde compro las naranjas es política. O a quién compro la leche también es política. Porque nosotros influimos con esas pequeñas cosas (...) Por eso digo que todo es política, que todas las pequeñas decisiones que tomamos son política (Varón, 35, Grupo para la transición socio-ecológica).

Así las cosas, ¿hacia dónde orientan sus energías políticas estas personas activistas? Como ya hemos mencionado, no las dirigen mayoritariamente a los ámbitos de la política institucionalizada, aunque algunas de ellas continúan manteniendo su adscripción orgánica o partidista. Antes bien, en un contexto de cultura progresivamente individualizada, su participación política se enraiza predominantemente en aquellos espacios donde perciben que tienen posibilidades de desarrollar contrapoder, autogestión y control sobre sus vidas. En efecto, las personas jóvenes encauzan su actividad hacia los ámbitos en los que pueden materializar su soberanía; en ellos tratan de construir espacios sociales y formas de vida alternativas. Por esa razón, su construcción de ciudadanía se asienta sobre la reivindicación de valores nucleares como la autonomía y la soberanía.





Ane Larrinaga, Iker Iraola, Mila Amurrio y Onintza Odriozola

En este mismo sentido, sus prácticas políticas revelan una búsqueda de coherencia entre los valores y las acciones. Sobre esta premisa se asienta su compromiso, tal y como muestran muchas de sus declaraciones. Así, a través de las acciones de uno mismo, las personas activistas pueden materializar sus creencias, valores e ideales y, en consecuencia, establecer una congruencia entre lo que piensan y lo que hacen. La igualdad, la cooperación, la solidaridad, la justicia, la ecología, la soberanía alimentaria, el comercio justo, la equidad lingüística, el feminismo, la libertad, el anticapitalismo, la transformación social, y otros muchos valores mencionados en las entrevistas, no son para la juventud activista principios banales y vacíos de contenido, sino guías para las acciones que acometen en sus vidas y que las prefiguran.

Hicimos un listado de valores, y sobre ellos construimos nuestro trabajo (Varón, 33, Activista digital. Organización de fiestas populares).

Al principio, el km 0 fue qué tipo de Astra [nombre de un espacio cultural autogestionado] queríamos. Y ahí se estableció cómo debíamos de ser desde un punto de vista ideológico: interculturales, feministas, antimilitaristas... (Mujer, 30, Espacio cultural autogestionado).

En una concepción vital en la que vida personal y acción política aparecen imbricadas, el mundo del trabajo y del ocio constituyen un capítulo más del compromiso de los colectivos de jóvenes activistas. Las prácticas emergentes de ciudadanía no se atienen a las divisiones clásicas de lo público y lo privado, lo político y lo social. Ciertamente, la implicación activista se entiende a menudo como un *continuum* en el espacio y en el tiempo de sus vidas. De tal manera que el ocio y las relaciones sociales y, en ciertas ocasiones también la actividad profesional, aparecen incorporados al compromiso político. Atribuyendo un sentido ético a la elección laboral, algunos jóvenes adultos redefinen el significado del trabajo remunerado. De tal manera que el trabajo aparece en sus experiencias asociado a valores como la sostenibilidad, el cuidado de los demás, y la justicia. También a las posibilidades de auto-expresión creativa. Consiguientemente, la participación no aparece ya delimitada en las dimensiones del tiempo y del espacio, ni el compromiso se ejerce con rupturas temporales entre una acción política y otra. Por el contrario, la participación se muestra profundamente insertada en la actividad diaria, y el compromiso se amplía, invadiendo a menudo todos los ámbitos y momentos de la vida personal.

Para mí no existe un límite, no sé poner límites entre el trabajo y el compromiso social. Quiero decir, ¿cuándo estoy trabajando y cuándo militando? Todo es uno hoy en día, entonces..., diría que no es trabajo, es pasión, y que me pagan por satisfacer mi pasión (Varón, 27, Asociación para la revitalización del euskera).

Políticamente he abandonado el activismo orgánico. Ahora no estoy en ninguna estructura [organizativa]. Pero entiendo que mi vida está mucho más politizada, porque, por ejemplo, toda la alimentación procede de cestas de consumo de grupos de consumo. En cuanto al ocio, le doy muchas más vueltas al qué, el cómo y a todo eso. Trato de interpretar todas mis relaciones a través de lentes más políticas. Mi trabajo es político. Hacemos política cuando ofrecemos un servicio, o ayudamos a otra cooperativa. Y el propio traba-





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

jo es un instrumento para hacer política dentro [de la empresa] (Mujer, 25, Cooperativa de economía social y transformadora).

El compromiso del activismo juvenil experimental y performativo tiene efectos en el desarrollo del yo y en la construcción de las identidades tanto individuales como colectivas. La implicación individual no solo está dirigida a las otras personas, sino también a sí misma, en la medida en que la participación ayuda a la construcción identitaria de la persona joven. Sin duda, en el activismo performativo esta construcción de la persona forma parte de un proceso reflexivo sobre sí misma y su itinerario vital, acorde con las consecuencias que tiene la desinstitucionalización progresiva de la sociedad actual –incluida la pérdida de influencia de los partidos políticos vascos en los jóvenes como proveedores de las identidades políticas ciudadanas–. De este modo, para muchas personas jóvenes politizadas el compromiso político contribuye a la elaboración y afianzamiento de su imagen, les ayuda a desarrollar su autoestima y a reforzar una representación positiva y empoderada de sí mismas. Por consiguiente, podemos observar en las personas jóvenes activistas procesos paralelos, tanto de continuidad como de ruptura, en relación a las tradiciones políticas que les han sido transmitidas en el campo político vasco. De un lado, la pérdida de consistencia de las identidades y lealtades políticas sólidas heredadas, incluso cuando se confiesan formalmente legatarias de ellas. También un rechazo de los “packs” político-ideológicos preconstruidos. Del otro, un desarrollo de la reflexividad sobre una misma y sus acciones en la actividad realizada junto a las demás personas.

La Liga es una asociación apartidista, Sí, somos anticapitalistas y feministas. Pero no podemos abogar [por una organización política]. Sí, obviamente, vamos a tener una ideología, pero no es homogénea (...) Nuestro principal interés es sobre nuestras identidades, sobre nuestras orientaciones y sobre la aceptación de las mismas (Mujer, 21, LGTBI).

Tú tienes tus inquietudes, por qué haces las cosas, etc. Y, con el tiempo, vas ordenando tu cabeza, y te preguntas a ti mismo qué es lo que estamos haciendo (Varón, 33, Activista digital. Organización de fiestas populares).

Yo misma, comencé a reflexionar sobre mi identidad y mi posición (Mujer, 27, Grupo feminista).

En este sentido, la participación política permite a las persona con mayor capital político poner en cuestión los valores y relaciones dominantes en la sociedad y ampliar sus opciones vitales a través de nuevas experiencias. Las experiencias activistas les llevan además a repensar las posiciones que tenían previamente, a confiar en sí mismas y resituarse en el campo político, y, en ciertas ocasiones, a superar sus anteriores limitaciones; es lo que ocurre con las jóvenes feministas que se empoderan y resocializan sobre la base de renovados principios, reescribiendo reflexivamente su biografía. Sin duda alguna, las aportaciones feministas han sido una de las influencias más evidentes en la innovación del actual activismo juvenil vasco, y aparecen cada vez más incorporadas en el *habitus* activista de las personas jóvenes innovadoras.

El movimiento juvenil estaba en un momento de “vamos a pensar sobre nosotros mismos, vamos a poner el foco en las relaciones (...) y a salir de una fase de respuesta”. No sé, estaba en otras claves, dispuesto a pasar a una fase más constructiva. Entonces, aun-





Ane Larrinaga, Iker Iraola, Mila Amurrio y Onintza Odriozola

que en ese momento no utilizamos esas palabras, una base importante fue el feminismo. Y no poner tanto la mirada en el mundo externo para ver cómo cambiarlo, sino en el interior, para ver qué roles, qué relaciones de poder reproducíamos entre los jóvenes (...) Descubrí una estructura patriarcal (...), identifiqué las relaciones de poder, el dominio de los varones, y las dificultades diferenciales que hemos tenido las mujeres (Mujer, 27, Grupo feminista).

Como hemos podido observar, trabajar sobre una misma, vivir en base a los propios valores e ir aprendiendo en ese proceso son quehaceres obligados de las personas activistas en la sociedad individualizada. En una época en que las instituciones sociales tienen mayores dificultades que antes para regular la vida de los individuos –entre ellas se encuentran los partidos y organizaciones que siguen detentando hasta hoy el protagonismo de la acción contrahegemónica en la sociedad vasca–, actuar políticamente no es sólo una acción individual o colectiva en pro del cambio social y político. Es también una experiencia de emancipación personal, que interviene decisivamente en el conocimiento de uno y en su construcción identitaria. Aún más, en muchas ocasiones el aprendizaje activista ayuda a que la gente joven construya una identidad que procura satisfacción y placer.

En efecto, con frecuencia, las declaraciones de las personas activistas hacen referencia a la integración social que permite la participación política y a las gratificaciones simbólicas que procura al conjunto de jóvenes participantes. Sin lugar a dudas, las entrevistas dejan entrever que los sentimientos de realización personal y social dan sentido a la participación y la refuerzan tanto como la causa misma que se persigue. Así, en las transiciones juveniles, además de ocasionar momentos de frustración, el activismo ha abierto a las personas participantes las puertas a su integración en diversos grupos, les ha dado la oportunidad de organizar redes de sociabilidad en interacción con otros y otras jóvenes, de compartir con ellas sus emociones, de recibir sentimientos de satisfacción en el seno de luchas que consideran justas y, en definitiva, de crear comunidad y formas de pertenencia “familiares” en contextos progresivamente individualizados. Ciertamente, la participación política es un mecanismo productor de sentido, que impregna todos los ámbitos de vida de la persona joven comprometida. En consecuencia, las gratificaciones simbólicas se convierten, a menudo, en fuente motivacional para continuar adelante en formas de activismo que constituyen reductos minoritarios respecto a la totalidad social o proyectos opuestos al orden social vigente.

Yo estuve muy motivada desde el principio. Pronto me dí cuenta de que ese era mi lugar (...) todo era ilusión y alegría, todo maravilloso, veías a la gente muy motivada, trabajando con entusiasmo (...) También fue duro (...) Pero (...) encontré mi sitio, ví que valía, que lo que hacíamos tenía sus frutos (...) En ese momento se generaron amistades, y con ellas pasaba bastante tiempo, y cada acción nos empoderaba un poco más, éramos capaces, y fue muy bonito (Mujer, 25, Plataforma por el derecho a decidir en el País Vasco).

Individualización y sentido colectivo aparecen enlazados en los discursos de las personas activistas. Al participar y materializar su compromiso político, los individuos entrevistados declaran su intención de actuar junto a otras personas. A diferencia de la interpretación que se ha hecho a menudo sobre un concepto de individualización que





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

debilita las posibilidades de acción colectiva, los propósitos declarados en las entrevistas por las personas jóvenes que experimentan políticamente nos hacen pensar que las prácticas políticas individualizadas no excluyen totalmente una dimensión colectiva. Al contrario, individualización y colectivismo marcan dos ejes en el activismo juvenil vasco, uno de continuidad con la tradición de política comunitaria y participativa vigente hasta la actualidad en una parte significativa de la sociedad vasca, y otro de desvinculación con dicha tradición.

En efecto, el *habitus* participativo inculcado en los ámbitos de aprendizaje político de la tradición nacionalista contrahegemónica vasca mantiene su hilo de continuidad en el impulso básico orientado a la participación y el compromiso transmitido a las nuevas generaciones activistas. Pero ese *habitus* participativo aparece cada vez más ajustado a las nuevas condiciones estructurales del campo político actual. Concretamente, las regulaciones colectivas se han debilitado. El escenario socio-político ha cambiado. Lo colectivo no posee ya una consistencia fija, tiene ahora expresiones más diversas que antes. Ante la ausencia de patrones de comportamiento válidos para la nueva situación, aquellas personas jóvenes provistas de *habitus* activista deben construir otros lazos de pertenencia en la interacción con las demás, para poder ser reconocidas en un grupo, crear vínculos en comunidades de interés y participar en acciones colectivas a favor de diferentes causas.

No obstante, la desaparición de la actividad armada y la institucionalización progresiva de las fuerzas políticas de la izquierda nacionalista han traído consigo el declive de los altos niveles de movilización que existían anteriormente en la sociedad vasca. En consecuencia, la institucionalización política también ha suscitado en el seno del activismo juvenil tanto un debate sobre la adecuación de las prácticas políticas a la nueva situación como la inquietud por una atenuación de la percepción del conflicto político en el eje nacionalista.

Mi generación será de las últimas que se activó en la situación de conflicto (...) Antes las contradicciones eran muy evidentes, estaban ahí, y era más fácil posicionarse y activarse. Como actualmente no hay un conflicto tan explícito (...) eso tiene como consecuencia no politizarse. Entonces, sí que veo como reto mantener unos referentes y hacer florecer las contradicciones, si no será cada vez más difícil activar a la gente. Antes, la represión era muy visible (Varón, 26, comunidad de viviendas okupadas autogestionadas).

Pero, por otro lado, la mitigación del conflicto y de la división social vividos anteriormente facilita la interacción entre diferentes y la diversificación de repertorios y formas organizacionales. A través de la apertura de oportunidades para nuevas construcciones comunitarias y de vínculos, el compromiso activista les proporciona a este tipo de jóvenes participantes el sentimiento de pertenecer a un determinado colectivo. En este aspecto, la participación es estructurante, les da la oportunidad de satisfacer sus necesidades identitarias individuales y colectivas, y de percibir que han encontrado “su lugar” en el mundo. En general, esa pertenencia no hace referencia al estado y, a veces, ni tan siquiera al espacio político institucional vasco. En la mayor parte de los discursos se sobreentiende la existencia de un marco difuso de actuación, un “campo político vasco”. Y, dentro de ese marco, las personas activistas se refieren a comunidades informales y locales, o simplemente a micropolíticas que se materializan en lo local pero que están conectadas a lógicas de acción globales.





Ane Larrinaga, Iker Iraola, Mila Amurrio y Onintza Odriozola

Nunca he formado parte de ningún colectivo, porque no me sentía cien por cien de acuerdo ni con los ideales ni con lo que defendían, pero aquí sí. Nos vamos formando mutuamente. Tenemos un club de debate. Entonces, si yo tengo una duda respecto a algo, lo pregunto de una manera adecuada, porque hay temas de identidad que pueden dañar, e intentamos debatirlo (...) Es algo que nos vamos construyendo (Mujer, 21, LGTBI).

Creo que principalmente ese primer año fue (...) una casa okupada por ocho jóvenes, muy compenetrados, una casa muy politizada, desarrollando una relación de compañerismo muy bonita, llevando una vida comunitaria bonita, desarrollando un núcleo fuerte, que tuvo influencia directa en el desarrollo del barrio (Varón, 26, Comunidad de viviendas okupadas autogestionadas).

En este sentido, las nuevas dimensiones de lo comunitario y lo colectivo, aunque cuentan con un sustrato organizativo y cultural previo en la sociedad vasca, tienen que ser producidas y reproducidas por los propios activistas bajo las nuevas condiciones sociales y políticas de la segunda modernidad. Para ello, las personas jóvenes, que han perdido la linealidad de sus biografías, deben disponer de habilidades y recursos participativos que les faciliten formar redes, establecer alianzas y negociar con otros a diversas escalas. A su vez, las redes les permiten hacer frente a la falta de estabilidad y a la incertidumbre generadas en el escenario social, económico y laboral actuales. Ejemplo de ello serían las propuestas feministas que reivindican formas organizativas y alianzas flexibles, diversas y descentralizadas que posibiliten tanto la armonización de la colaboración colectiva como la defensa de la complejidad de identidades activistas.

En mi opinión, hay mucho que aprender, por ejemplo, del movimiento feminista. Porque las generaciones jóvenes del movimiento feminista estamos uniéndonos y organizándonos. Y yo creo que ahí existe una permeabilidad, un mayor margen para probar y acertar (...) Otra cosa, para trabajar desde tu propia identidad, y para responder y reflexionar sobre tus propios problemas, partiendo de tí. Pienso que el feminismo ofrece instrumentos teóricos para ello: cómo interseccionan los diferentes sistemas de explotación y dominación, y qué posición tenemos ahí las mujeres, las jóvenes, las negras... Y, después, quizá necesitamos formas de articulación más flexibles, es decir, con la posibilidad para unir y después volver a separar, y en lugar de funcionar como una estructura rígida, funcionar como un pulpo, que posee diferentes ramificaciones, y que actúa en función de las necesidades de cada momento (Mujer, 27, Grupo feminista).

En cualquier caso, el sustrato comunitario existente previamente en la cultura nacionalista de izquierda provee a las personas activistas de las nuevas generaciones de un capital rico en experiencias organizativas y de auto-gestión que pueden ser sucesivamente adaptadas y moldeadas. En esta línea, observamos que las formas de individualización identificadas en las actuales experiencias políticas juveniles del activismo alternativo son formas de individualización colaborativa. Precisamente, la voluntad de actuar junto a otras personas caracteriza a los intentos de definir sus identidades de manera autosuficiente, siempre en cooperación con los demás. Esta tarea se ve lógicamente facilitada en aquellos contextos sociales donde la vida comunitaria es muy densa y consistente –pobla-





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

ciones de dimensiones medias o pequeñas de la sociedad vasca, barrios muy movilizados de las grandes ciudades- y en los que perdura la tradición política auto-organizativa.

Hubo una okupación porque los jóvenes necesitábamos un lugar. De hecho, Gernika ha sido siempre [una población] muy activa, aquí siempre ha habido muchas asociaciones y movimientos sociales (...) Las condiciones eran que el pueblo gestionara eso [el espacio cultural], que el ayuntamiento no metiera mano, que fuera autogestionado. Por eso, se generó un proceso, un proceso participativo en el pueblo (Mujer, 30, Espacio cultural autogestionado).

Con carácter general, las prácticas políticas juveniles estudiadas entre las personas jóvenes activistas vascas constituyen laboratorios de experimentación e innovación social que, desde los márgenes del campo político, compiten por desafiar, redefinir y transformar las formas vigentes de ciudadanía, es decir, las maneras de relacionarse con lo político, sustituyéndolas por otras alternativas. La forma dominante de ciudadanía en el siglo XX se constituyó en relación al estado y sus instituciones y se sigue materializando fundamentalmente a través de la participación electoral. Frente a este modelo, la participación activista juvenil trata de abrir vías para la diversificación participativa a través de una experimentación continuada de fórmulas alternativas de vida y de modelos sociopolíticos que han desplazado la práctica política a la vida socio-comunitaria, laboral y personal. Estas prácticas experimentales de las personas activistas, que buscan la transformación y la emancipación en ámbitos tan diversos y con expresiones tan diferentes, muestran puntos de encuentro pero también múltiples encrucijadas. En tanto que talleres creativos, desarrollan una función prefigurativa para la anticipación de modelos futuros en los márgenes del campo social y político, generando e intercambiando conocimientos y experiencias, probando formas de autoorganización, poniendo en marcha nuevos proyectos socioeconómicos y culturales, y ensayando otras formas de relación.

Cuando salimos fuera solemos vivir en comuna, vivimos todos juntos, y organizamos todo entre todos, en función de las necesidades (...) Ahí ves que es posible otro modelo de vida (Varón, 18, Diversas iniciativas populares).

Actualmente vivimos ciento y pico personas okupando las viviendas (...) Nuestra intención es apropiándonos de los medios de producción, poco a poco, tener cada vez una menor dependencia del mercado. Por un lado, reforzar la comunidad, planteando unas relaciones sociales sanas y, por otro, mostrar que es posible otro modelo. La mayoría de los que vivimos somos jóvenes (Varón, 26, Comunidad de viviendas okupadas autogestionadas).

7. CONCLUSIONES

En este texto hemos analizado prácticas políticas de experimentación desarrolladas por personas jóvenes de activismo contrahegemónico en los márgenes del campo político definido en las democracias liberales. Hemos considerado tales prácticas como actos de ciudadanía activista que amplían el sentido de lo político y ponen en cuestión las formas de ciudadanía establecidas hasta ahora. En este aspecto, desplazan la participación





política a los ámbitos de la vida cotidiana y comunitaria, que se transforman en nuevos sitios de ciudadanía performativa.

El análisis nos ha permitido mostrar la relevancia que posee el contexto sociopolítico particular para el desarrollo de una participación política juvenil activista que sea innovadora. La constitución de las personas jóvenes participantes en sujetos ciudadanos activistas tiene como trasfondo la existencia de una estructura de oportunidad política particular en el campo político vasco: una cultura política comunitaria, contrahegemónica y activista de larga tradición, ligada a proyectos de *nation building*. Es la cultura en la que se han socializado tempranamente y que les ha permitido adquirir un *habitus* político proclive a la participación creativa y transformadora y unas disposiciones adecuadas para identificar e interpretar las oportunidades que ofrece el campo político.

A pesar de percibirse herederas de esta tradición, muchas de las personas activistas se han adentrado en la exploración de ámbitos menos regulados organizativa e institucionalmente y han desarrollado experimentaciones políticas dentro de una lógica más individualizada, en las que se aunan autorrealización y compromiso sociopolítico, micropolítica cotidiana y activismo colectivo. En tal sentido, su *habitus* participativo se ha adaptado a las nuevas condiciones estructurales, culturales y políticas de la sociedades propias de la segunda modernidad.

En contra de algunos planteamientos que consideran excluyentes la individualización y el sentido de lo colectivo, consideramos que ambas dimensiones están presentes en las prácticas activistas performativas de las y los jóvenes vascos participantes en esta investigación. Tras la observación de sus experiencias, defendemos la idea de que la política individualizada y los proyectos de vida personales pueden estar orientados y necesitados de la colaboración y la cooperación entre iguales para poder realizarse. No obstante, la orientación colectiva no existe *per se*. Al contrario, exige que las personas involucradas sean poseedoras de los recursos cognitivos y relacionales necesarios para construir redes y vínculos de colaboración en las prácticas participativas, como sucede en el caso de los jóvenes estudiados.

En esta línea, podemos corroborar la evidencia que ha sido mostrada en múltiples investigaciones sobre las restricciones estructurales que condicionan la participación juvenil y las posibilidades de una ciudadanía activista. En efecto, las personas activistas innovadoras de nuestro estudio constituyen una minoría, dotada de un gran capital político, más aún, de un capital activista, tanto heredado como experimentado. Este capital suele estar relacionado con una determinada posición de clase y con recursos culturales (aunque las personas entrevistadas tienen orígenes socio-familiares diferentes, poseen estudios universitarios o los cursan en el momento de la entrevista). Además del nivel cultural, probablemente, la intensa socialización política comunitaria experimentada desde edades tempranas ha podido servir para igualar las posibles diferencias iniciales de origen social en el proceso de acumulación de capital activista. En todo caso, las personas jóvenes entrevistadas no han reconocido este tipo de desequilibrio. En sus narrativas sólo han detectado sesgos de género como ejes de exclusión dentro del propio subcampo activista. A pesar de ser poseedoras de determinadas capacidades críticas, tampoco han cuestionado la deriva que, a largo plazo, puede tener la progresiva individualización que se advierte en sus prácticas políticas, ni las conexiones de dichas prácticas con





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

la actual retórica neoliberal y sus formas ideales de ciudadanía basadas en la autogestión individual.

Queda por dilucidar, finalmente, la futura evolución de estos modelos de activismo. Por un lado, la tendencia hacia repertorios progresivamente individualizados en la vida cotidiana es coherente con el tipo de ciudadanía que impulsan las políticas neoliberales. Por otro, junto a la influencia del neoliberalismo, el debilitamiento de la cultura de movilización contenciosa ligada a la desaparición del conflicto violento en el contexto social vasco, puede condicionar de cara al futuro el carácter contrahegemónico que ha tenido hasta ahora el activismo juvenil de la izquierda nacionalista vasca. A este respecto, las disposiciones activistas adquiridas por los jóvenes nacionalistas de izquierda en su aprendizaje político inicial van reconstruyéndose e interaccionando, no solo con la nueva realidad local sino también con las condiciones estructurales, culturales y políticas de las sociedades propias de la modernidad tardía. Legado y experimentación confluyen en sus prácticas. Todo ello revela que, más allá de las explicaciones unidimensionales que privilegian de manera excluyente la continuidad o el cambio, la persistencia de las estructuras o la capacidad de las agencias juveniles, los aprendizajes y experimentaciones políticas de las personas jóvenes activistas suponen una transacción multidireccional, compleja y permanente, entre prácticas políticas dinámicas y contextos variables a diferentes escalas. Tales transacciones establecerán, de manera cambiante, los límites de ciudadanía futuras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amná, Erik, Mats Ekström, Margaret Kerr y Hakan Stattin. 2009. Political Socialization and Human Agency: The Development of Civic Engagement from Adolescence to Adulthood. *Statsvetenskaplig Tidskrift* 111: 27–40.
- Bhavani, Kum-Kum. 2014, 1st ed. 1991. *Talking Politics: A Psychological Framing of Views from Youth in Britain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ballesté, Eduard y Carles Feixa. 2019. El Sur político del Norte Global: Repensando la participación política juvenil en España. *NÓMADAS* 50: 175–193. DOI: 10.30578/nomadas.n50a11
- Bang, Henrik. 2010. Among everyday makers and expert citizens. In *Public Management in the Postmodern Era. Challenges and Prospects*, eds. John Fenwick y Janice McMillan. Cheltenham: Edward Elgar Publishing.
- Bauman, Zigmunt. 2001. *The Individualized Society*. Cambridge: Polity Press.
- Beck, Ulrich. 1996. *Reinvention of Politics: Rethinking Modernity in the Global Social Order*. Cambridge: Polity Press.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim. 2002. *Individualization. Institutionalized Individualism and its Social and Political Consequences*. London: Sage.
- Benedicto, Jorge y María Luz Morán. 2015. La construcción de los imaginarios colectivos sobre jóvenes, participación y política en España. *Revista de Estudios de Juventud* 110: 83–103.





- Bourdieu, Pierre. 1994. *Raisons Pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris: Éditions du Seuil.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. 1992. *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. Paris: Éditions du Seuil.
- Bussemaker, Jet y Rian Voet. 1998. Citizenship and gender, theoretical approaches and historical legacies. *Critical Social Policy* 18(3): 277–307. DOI: 10.1177/026101839801805602
- Cammaerts, Bart, Michael Bruter, Shakuntala Banaji, Sarah Harrison y Nick Anstead. 2014. The Myth of Youth Apathy: Young Europeans' Critical Attitudes Toward Democratic Life. *American Behavioral Scientist* 58(5): 645–664. DOI: 10.1177/0002764213515992
- Carens, Joseph H. 2000. *Culture, Citizenship and Community*. Oxford: Oxford University Press.
- Carmouché, Brett Michael. 2012. Dispelling the Myth: Assessing Political Interest Amongst British Youth Today https://www.academia.edu/3433268/Dispelling_the_Myth_Assessing_Political_Interest_Amongst_British_Youth_Today. Accessed May 2020.
- Castells, Manuel. 2018. *Rupture: The Crisis of Liberal Democracy*. Cambridge: Polity Press.
- Chrysochoou, Xenia y Martin Barrett. 2017. Civic and Political Engagement in Youth. Findings and Prospects. *Zeitschrift Fur Psychologie* 225(4): 291–301. DOI: 10.1027/2151-2604/a000315
- Crossley, Nick. 2003. From Reproduction to Transformation: Social Movement Fields and the Radical Habitus. *Theory, Culture & Society* 20(6): 43–68. DOI: 10.1177/0263276403206003
- Dunezat, Xavier. 2017. Sexo, raza, clase y etnografía de los movimientos sociales. Herramientas para una perspectiva interseccional. *Investigaciones Feministas* 8(1): 95–114. DOI: 10.5209/INFE.54847
- Esteban Galarza, Mari Luz, Jone Miren Hernández García y Elixabete Imaz Martínez. 2017. Equality and gender amongst Basque people: A crossroads of continuities and ruptures. *Athenea Digital* 7(2): 31–55. DOI: 0.5565/rev/athenea.1675
- Ferret, Jérôme. 2014. Young radical nationalists: Prisoners of their own myth? The case of the *Kale Borroka* in the Spanish Basque Country. *Current Sociology* 62(7): 1017–1035. DOI: 10.1177/0011392114549892
- Forbrig, Joerg. 2005. Introduction: Democratic politics, legitimacy and youth participation. In *Revisiting youth political participation: Challenges for research and democratic practice in Europe*, ed. Joerg Forbrig. Strasbourg: Council of Europe.
- Furlong, Andy y Fred Cartmel. 2007. *Young People and Social Change. New Perspectives*. London: Open University Press.
- Furlong, Andy, Fred Cartmel y Andy Biggart. 2006. Choice Biographies and Transitional Linearity: Re-conceptualising modern youth transitions. *Papers. Revista de Sociología* 79: 225–239. DOI: 10.5565/rev/papers/v79n0.834





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

- Giddens, Anthony. 1991. *Modernity and Self-identity. Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge: Polity Press.
- Gordon, Hava R. y Jessica K. Taft. 2011. Rethinking Youth Political Socialization: Teenage Activists Talk Back. *Youth & Society* 43(4): 1499–1527. DOI: 10.1177/0044118X10386087
- Gozzo, Simona y Rossana Sampugnaro. 2016. What Happens? Changes in European Youth Participation. *Partecipazione e Conflitto* 9(3): 748–776. DOI: 10.1285/i20356609v9i3p748
- Hall, Tom y Howard Williamson. 1999. *Citizenship and Community*. Leicester: Youth Work Press.
- Harris, Anita. 2001. Dodging and Weaving: Young women countering stories of youth and citizenship. *International Journal of Critical Psychology* 4(2): 183–199.
- Harris, Anita, Johanna Wyn y Salem Younes. 2010. Beyond Apathetic or Activist Youth. “Ordinary” Young People and Contemporary Forms of Participation. *Young* 18(1): 9–32. DOI: 10.1177/110330880901800103
- Hooghe, Marc. 2014. Defining political participation: How to pinpoint an elusive target. *Acta Politica* 49(3), 337–341. DOI:10.1057/ap.2014.7
- Hosch-Dayican, Bengü. 2014. Online political activities as emerging forms of political participation: How do they in the conceptual map? *Acta Politica* 49(3): 342–348. DOI: 10.1057/ap.2014.7
- Hustinx, Lesley, Lucas C.P.M. Meijs, Femida Handy y Ram A. Cnaan. 2012. Monitorial Citizens or Civic Omnivores? Repertoires of Civic Participation Among University Students. *Youth & Society* 44(1): 95–117. DOI: 10.1177/0044118X10396639
- Insin, Engin F. 2009. Citizenship in flux: The figure of the activist citizen. *Subjectivity* 29: 367–388. DOI: 10.1057/sub.2009.25
- Insin, Engin F. 2017. Performative Citizenship. In *The Oxford Handbook of Citizenship*, ed. Ayelet Sachar, Rainer Bauböck, Irene Bloemraad y Marteen Vink, 500–523. Oxford: Oxford University Press.
- Kyroglou, Georgios y Matt Henn. 2017. Political Consumerism as a Neoliberal Response to Youth Political Disengagement. *Societies* 7(34): 1–16. DOI: 10.3390/soc7040034
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 1985. *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. London: Verso.
- Larrinaga, Ane y Mila Amurrio. 2017. Movimientos sociales, participación y dominación. In *Participar desde los feminismos. Ausencias, expulsiones y resistencias*, ed. Jone Martínez-Palacios, 145–172. Barcelona: Icaria.
- Larrinaga, Ane, Julen Zabalo, Maddalen Epelde, Iker Iraola, Onintza Odriozola y Mila Amurrio. 2020. *Parte hartu ala paso egin? Gazteen ikasketa politikoak aztergai*. Bilbao: Universidad del País Vasco. <http://hdl.handle.net/10810/45522>
- Larrinaga, Ane, Iker Iraola, Onintza Odriozola, Mila Amurrio, Julen Zabalo y Maddalen Epelde. 2021. Oraingo gazteak axolagabe? Gazteen eta politikaren arteko harremanak aztergai. *Jakin*, 243: 11–65.





Ane Larrinaga, Iker Iraola, Mila Amurrio y Onintza Odriozola

- Letamendia, Francisco. 1997. *Juego de espejos: Conflictos nacionales centro-periferia*. Madrid: Trotta.
- Letamendia, Arkaitz. 2018. Las transformaciones de la movilización social en Euskal Herria: del posfranquismo a la década de 2010. *Anuario de Movimientos Sociales 2018*. Abadiño: Fundación Betiko.
- Lister, Ruth, Noel Smith, Sue Middleton y Lynne Cox. 2003. Young People Talk about Citizenship: Empirical Perspectives on Theoretical and Political Debate. *Citizenship Studies* 7(2): 235–253. DOI:10.1080/1362102032000065991.
- MacKinnon, Mary Pat, Sonia Pitre y Judy Watling. 2007. *Lost in Translation: (Mis) Understanding Youth Engagement*. Ottawa, Ontario: Canadian Policy Research Networks.
- Mair, Peter. 2013. *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*. New York, London: Verso Books.
- Manning, Nathan. 2013. “I mainly look at things on an issue by issue basis”: Reflexivity and phronêsis in young people’s political engagements. *Journal of Youth Studies* 16(1): 17–33. DOI: 10.1080/13676261.2012.693586
- Manning, Nathan. 2014. The Relational Self and the Political Engagements of Young Adults. *Journal of Sociology* 50(4): 486–500. DOI: 10.1177/1440783312467094
- Mascheroni, Giovanna. 2015. The practice of participation: Youth's vocabularies around on-and offline civic and political engagement. In *MEDIA@LSE Working Paper Series*, eds. Bart Cammaerts, Nick Anstead y Ruth Garland. London: London School of Economics and Political Science.
- Matonti, Frédérique y Franck Poupeau. 2004. Le capital militant. Essai de définition. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 155: 5–11. DOI: 10.3917/ars.155.0004
- Monticelli, Lara y Matteo Bassoli. 2016. Precarious Voices? Types of “Political Citizens” and Repertoires of Action Among European Youth. *Partecipazione e Conflitto* 9(3): 824–856. DOI: 10.1285/i20356609v9i3p824
- Morán, María Luz y Jorge Benedicto. 2016. Los jóvenes españoles entre la indignación y la desafección política. Una interpretación desde las identidades ciudadanas. *Última Década* 44: 11–38. DOI: 10.4067/S0718-22362016000100002
- Mouffe, Chantal. 2005. *On the Political. Thinking in Action*. London, New York: Routledge.
- Norris, Pippa. 2004. *Young People & Political Activism: From the Politics of Loyalties to the Politics of Choice?* Harvard: Harvard University.
- Observatorio Vasco de la Juventud. 2020. *Retratos de Juventud 23*. Vitoria-Gasteiz: Gobierno Vasco.
- Odriozola, Onintza, Iker Iraola y Julen Zabalo. 2020. A rolling stone gathers no moss: Evolution and current trends of Basque nationalism. In *Separatism and Regionalism in Modern Europe*, ed. Chris Kostov, 39–71. Berlin: Logos Verlag Berlin GmbH.
- Ong, Aihwa. 2006. Mutations in citizenship. *Theory, Culture and Society* 23(2-3): 499–531. DOI: 10.1177/0263276406064831





El activismo juvenil como campo de prácticas ciudadanas performativas

- O'Toole, Therese, Michael Lister, Dave Marsh, Su Jones y Alex McDonagh. 2010. Tuning out or Left out? Participation and Non-participation among Young People. *Contemporary Politics* 9(1): 45–61. DOI: 10.1080/1356977032000072477
- Parés, Marc. 2014. La participación política de los jóvenes ante el cambio de época. *Metamorfosis. Revista del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud* 0: 65–85.
- Pfaff, Nicolle. 2009. Youth culture as a context of political learning: How young people politicize amongst each other. *Young* 17(2): 167–189. DOI: 10.1177/110330880901700204
- Pirni, Andrea y Luca Rafini. 2016. The Ri-Elaboration of the Collective Sphere. New Paths of Sociality and Groups-Formation Among the New Generations. *Partecipazione e Conflitto* 9(3): 799–823. DOI: 10.1285/i20356609v9i3p799
- Pleyers, Geoffrey. 2016. Engagement et relation à soi chez les jeunes alteractivistes. *Agora Débats/Jeunesses* 72(1): 107–122. DOI: 10.3917/agora.072.0107
- Pleyers, Geoffrey. 2019. *Movimientos sociales en el siglo XXI. Perspectivas y herramientas analíticas*. Barcelona: Icaria.
- Quéniart, Anne. 2016. Les jeunes militants: influences, motivations, temporalité. In *Les jeunes et l'action politique. Participation, contestation, résistance*, eds. Nicole Gallant y Stéphane Garneau, 61–86. Montréal: Édition PUL. Les Presses de l'Université Laval.
- Quintelier, Ellen. 2007. Differences in Political Participation between Young and Old People. *Contemporary Politics* 13(2): 165–180. DOI: 10.1080/13569770701562658
- Rainsford, Emily. 2017. Exploring youth political activism in the United Kingdom: What makes young people politically active in different organizations? *The British Journal of Politics and International Relations* 19(4): 790–806. DOI: 10.1177/1369148117728666
- Riley, Sarah, Christine Griffin y Yvette Morey. 2013. The Rise of the “Pleasure Citizen”: How Leisure Can Be a Site for Alternative Forms of Political Participation. In *Democracy in Transition: Political Participation in the European Union*, ed. Kyriakos N. Demetriou, 61–75. Switzerland: Springer.
- Santamaría, Elsa. 2018. Jóvenes, crisis y precariedad laboral: una relación demasiado larga y estrecha. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales* 15: 1–24.
- Saraceno, Chiara. 1997. Reply: citizenship in context-specific. *International Labor and Working-Class History* 52: 27–34. DOI: 10.1017/S0147547900006906
- Sassen, Saskia. 2003. *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Siim, Birte. 2000. *Gender and Citizenship*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sloam, James. 2016. Diversity and Voice: The political participation of young people in the European Union. *The British Journal of Politics and International Relations* 18(3): 521–537. DOI: 10.1177/1369148116647176





- Soler i Martí, Roger. Political or Institutional Disaffection? Testing New Survey Indicators for the Emerging Political Involvement of Youth. Paper presented at the 22nd World Congress of Political Science (IPSA). Madrid. July 8–12, 2012.
- Sparks, Holloway. 1997. Dissident citizenship, democratic theory, political courage, and activism women. *Hypatia* 12(4), 54–110. DOI: 10.1111/j.1527-2001.1997.tb00299.x
- Stolle, Dietlind, Ellen Quintelier, Allison Harell y Laura Nishikawa. What Does Politics mean to You? Young Citizens and Extra-Parliamentary Forms of Political Action. Paper prepared for the Conference on “Youth and Politics: Strange Bedfellows? Comparative Perspectives on Political Socialization”. Belgium, Bruges. July 3–4, 2008.
- Svenningsson, Malin. 2016. I Wouldn't Have What it Takes. Young Swedes' Understandings of Political Participation. *Young* 24(2): 139–156. DOI: 10.1177/1103308815603305
- Theis, Joachim. 2010. Children as Active Citizens. In *Handbook of Children and Young People's Participation*, eds. Barry Percy-Smith, Nigel Patrick Thomas, Claire O'Kane y Afua Twum-Danso Imoh, 343–355. London : Routledge.
- Touraine, Alain. 1997. *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*. Paris: Fayard.
- Van der Broek, Hanspeter. 2004. The Legitimation of Street Violence in the Political Discourse of Radical Basque Nationalists. *Terrorism and Political Violence* 16(4): 714–736. DOI : 10.1080/0954655908851141
- Varela, Edmundo, María Loreto Martínez y Patricio Cumsille. 2015. ¿Es la participación política convencional un indicador del compromiso cívico de los jóvenes? *Universitas Psychologica* 14(2): 715–730. DOI: 10.11144/Javeriana.upsy14-2.eppc
- Wood, Bronwy E. 2014. Participatory capital. Bourdieu and citizenship education in diverse school communities. *British Journal of sociology of education* 35(4): 587–597. DOI: 10.1080/01425692.2013.777209
- Yuval Davis, Nira. 2008. The “multi-layered citizen”. *International Feminist Journal of Politics* 1(1): 119–136. DOI: 10.1080/146167499360068
- Zubiaga, Mario. 2014. El ciclo de protesta en Euskal Herria: Hegemonía y radicalización democrática. In *La rebel·ió basca. Una historia de l'Esquerra Abertzale*, eds. Ricard Vilaregut, Daniel Gómez, Pedro Ibarra y Mario Zubiaga, 2–35. Barcelona: Icaria.

